

REMANDO en la cultura...

Hojas sueltas...

21 de febrero de 2007, día de San Pedro Damiano

A la Nanci Villegas

I

Nunca es tarde para hablar del fin de año, el 2006. Estuve leyendo novela como no había sucedido hace un buen tiempo. Me deleité con Almudena Grandes (autora de las «Edades de Lulú»), descorché «Historias de mis tristes putas» del Gabo. Pero, déjeme contarle que en una «librería de viejo» muy grande que se encuentra en Donceles, encontré el tomo II de la novela de W. Somerset Maugham «Of human bondage» (Servidumbre Humana). La obra originalmente editada es voluminosa, como de unas 500 páginas más o menos, pero en la edición que hallé, fue impresa en dos tomos. Le comento, el interés que tenía por volver a leer la obra era tanta, que no me importó comenzar con el segundo tomo. Disfrute tanto la lectura, a pesar de realizarla a la inversa, que no me importó conocer el desenlace. Pese a un recuerdo frágil de la trama inicial, mi interés era enorme que no me importó tanto leer el primer tomo; inclusive, haber conocido el final de la novela, incrementa mi interés por degustar el principio.

II

El «Damiano», como llegó a ser reconocido por sus admiradores y enemigos, fue un ilustre profesor de la Universidad de Parma. A pesar de la elocuencia y pasión que imprimía a su cátedra, mérito suficiente que justificaban su fama más allá de la vida académica, era infeliz por un vacío inexplicable del alma. Por eso y ante la vida ligera y corrupta de la sociedad de su tiempo, se enclaustró voluntariamente durante 15 años, de donde jamás salió de su celda y solo se alimentó de pan y agua, así luchó contra todas las pasiones y placeres mundanos. Pero a solicitud del Papa Gregorio VII, debido el avance de la reforma luterana en las principales cortes europeas, se convirtió en un gran antireformista. Se enfrentó a enardecidas multitudes de protestantes a quienes regresó al catolicismo. A él se debe el epígrafe: *Lo que tu eres yo lo fui, lo que yo soy tu serás. Acuérdate de la muerte y vivirás para siempre.*

III

En la esquina, donde ahora se tocan las calles de Jesús María y Corregidora, el 7 de octubre de 1922 fue inaugurado el Cine Progreso Mundial (después llamado únicamente cine Mundial). El cine fue construido utilizando la estructura del Convento de Jesús María, erigido en el siglo XVII, y fue un recinto real porque recibía buen dinero de las arcas de Felipe II, quien allí internó a una «hija natural y loca» (según las habladerías de esa época) a la que sin éxito trató de ocultar en la Nueva España. En el cine Mundial, no obstante la recargada ornamentación ecléctica, era fácil identificar la majestuosidad de lo que fue el convento, por ejemplo, en el proscenio (donde se encontraba la pantalla de proyección, se localizaba el altar mayor, la nave central fue ocupada para el lunetario, sólo fue agregado en un segundo nivel y a los costados, un área para palcos y la galería. Por ese motivo tuvo que techarse el patio del convento para ampliar la capacidad del cine. En la parte exterior, durante más de medio siglo del XX, fue respetada la fachada de ajaracas, gárgolas, almenas moriscas; las ventanas octagonales del exconvento, las ventanas tipo H con sus respectivos balcones y la imagen de Jesucristo en la hornacina barroca de la esquina. Desde los años sesenta comenzó el deterioro del cine y el predio; el mantenimiento se relajó mucho y el lugar terminó siendo un gran depósito de basura.

IV

Estaba enamorado y en nada correspondido; de plano me sentía mal. Tome conciencia de mi desgracia cuando crucé el umbral de la Prepa, cuando caminé sin rumbo preciso hasta que llegué a Jesús María; se me ocurrió balsámicamente tomar un helado en la nevería del Cine Mundial. Había visto mis calificaciones reprobatorias de Biología y Mate II. Sabía que eso sucedería en forma inevitable por ausencias e incapacidades; aún así me sentía traicionado por todos. No entendía cual de los fracasos se ocupaba de flagelarme sin misericordia, el amor no correspondido o la re-

probada. Frustrado y adolorido, inicié la taciturna tarea de consumir el postre. Terminé y el sentimiento de soledad me condujo a la siguiente puerta, la taquilla del cine; se exhibía la película «Servidumbre Humana». La trama del film me dejó perplejo: un estudiante (Philip) de medicina, que en realidad deseaba ser un reconocido pintor, reprobaba y reprobaba; además, estaba enamorado perdida e irremediablemente de una mesera (Mildred) que lo rechazaba.... Para colmo, Prepa 2 se parecía mucho a la escuela de medicina londinense de la película, donde también se exhibían los triunfos o fracasos escolares en las vitrinas colgadas de las paredes en los patios. Terminada la función y caminando rumbo a la calle de Bolívar, con la serenidad de la noche, me reconfortó pensar en el cuerpazo de Kim Novack

(Mildred) y reflexionar sobre las coincidencias de la vida real y la película. Solo así y ya acostado en mi catre, con la mirada fija en la oscuridad del techo de mi modesta habitación, sentí que la conciencia era más benévola y reconciliadora conmigo....

V

Unos minutos antes que concluyera el 31 de diciembre de 2006, terminé la novela de W. Somerset y experimenté otra vez la misma soledad de preparatoriano; en un momento sentí que vivía un encierro similar al del «Damiano», pero no de 15 años, sino de 30 y que los fracasos y las reprobadas se encontraban a la vuelta de la esquina....

Riverohl Foundation, Inc.

Bram Stoker's Dracula

Un siglo después: Coppola inyecta nueva sangre a la leyenda

Abraham (Bram) Stoker fue uno de los escritores irlandeses atraídos por lo fantástico que tantas páginas excelentes dieron a la literatura de terror. Después de leer el relato de *Carmilla* de Le Fanu –quien marcó para siempre su obra– escribió *Drácula*, logrando llevar más a fondo el tema del vampirismo y azotarlo en una obra monumental, donde suministró toda la fuerza y todo el misterio que ese tema requería.

Si penetramos en los recodos nocturnos y desconocidos de la vida del autor, se sabe que ingresó a una sociedad iniciática llamada Golden Dawn (fundada para poner en práctica ritos de magia ceremonial), tal vez en busca de emoción y de misterio numinoso; y que fue en el seno de esta institución iniciática donde adquirió sus conocimientos de lo oculto. Quizá –así se ha interpretado– de no haber pertenecido a ésta, no habría escrito los libros que publicó. Tony Faivre en su *Introducción a Drácula* sugiere la posibilidad de que la figura de Drácula refleje a la de los jefes secretos de la Golden Dawn.

Pier Víctor –citado por Faivre– describe así la sensación que en él produjo uno de dichos seres desconocidos: «Me sentí en contacto con una fuerza terrible que sólo puedo comparar a la impresión que siente una persona junto a la cual haya caído un rayo durante una violenta tempestad, unida a una dificultad para respirar». Tal impresión tuvo que ser experimentada por Bram Stoker en el mundo del ocultismo en que vivió, en ese mundo de la decadencia victoriana que explotó la vida cultural británica.

La influencia iniciática se ve expresada en *Drácula* –según el mismo Tony Faivre– en dos planos opuestos: el de Jonathan Harker (protagonista de la obra), su trance equivale a una iniciación a través del viaje, lleno de asechanzas y tentaciones, que lo conduce a la muerte o a la inmortalidad. Para Drácula, ya inmortal, es «un camino iniciático al revés», «la vía tenebrosa» de dolor y soledad, de amor incomprensible e incomprensido, de purgación eterna en la tristeza.

Paralelamente a (estas elucidaciones) la vida secreta de Stoker, *Drácula*

tuvo un éxito inmenso en 1897: Oscar Wilde la calificó como una de las mejores novelas escritas; Jacques Bergier la sitúa en la cúspide de la novela fantástica.

Desde el punto de vista literario, en *Drácula* se observa otra gran influencia: la nueva novela gótica, que había nacido como reacción «femenina» ante la *ghost story* –breve, realista e impregnada de humor. No hay que olvidar que el modelo inspirador de Bram Stoker fue Le Fanu, quien es no sólo el iniciador, sino el mejor y más profundo escritor terrorífico de la nueva novela gótica.

En *Drácula*, el relato de terror vuelve a adquirir longitud de novela larga y los sufrimientos de la heroína (Mina) cobran una importancia singular en la trama de la anécdota. Asimismo, Bram Stoker utiliza en ésta una técnica muy de novela gótica: el estilo epistolar. Pero, no obstante estos rasgos «neogóticos», la novela conserva el realismo de la *ghost story* y los elementos de auténtico terror macabro.

Otras novelas que inspiraron a Stoker a escribir *Drácula*, en el último

periodo victoriano, fueron: *Macbeth*, *La muerte enamorada* de Gautier (1836), *Los montes Cárpatos* de Alejandro Dumas (1849), *The Mysterious Stranger*, una obra anónima alemana escrita en 1860, *The Roses and the Key* -relato casi desconocido- de Le Fanu, *Lokis* de Merimée (1868), *El retrato de Dorian Gray* y *El parásito* de Conan Doyle (1894).

Drácula, el mito literario, el arquetipo del vampiro, universal y siempre actual, es reconocido y difundido por el teatro, la radio -Orson Welles adaptó la novela e interpretó al conde en una dramatización radiofónica en 1938-, la televisión, pero, principalmente, por el cine: tal es el caso del film *Nosferatu* de Friedrich W. Murnau (1922), excelente pieza del cine expresionista alemán o *Nosferatu* de Werner Herzog (1978) que reúne las principales características del viejo expresionismo y las de las corrientes más actuales del cine alemán.

Pero, casi un siglo después -96 años- de ser escrita *Drácula*, qué motivo al gran realizador de cine norteamericano Francis Ford Coppola a filmar una cinta basada en esta novela, para darle nueva vida a la leyenda, con un enfoque innominado e histórico visualmente.

Coppola reconoció que su primer contacto con el siniestro Conde había sido de niño, cuando su hermano le llevó al cine a ver la película *La mansión de Drácula (House of Drácula)* protagonizada en 1945 por John Carradine: «Me asustó y al mismo tiempo me fascinó, de tal manera que busqué en la enciclopedia la palabra Drácula». La película tuvo en él, tal efecto, que creyó que Drácula había existido realmente. Años después, cuando leyó la nove-

la, comprendió que «quien no conocía el libro de Drácula no sabía nada del personaje».¹

Por otro lado, Coppola había querido trabajar con Winona Ryder; sin embargo, por razones de salud, la actriz no había podido colaborar con él. El realizador de cine la invitó nuevamente a que le llevara algún guión que le gustara interpretar. Ryder le llevó el guión de James V. Hart, quien originalmente lo había escrito como una adaptación televisiva de Drácula.

Sobre cómo se desarrolló el guión, Hart lo explica: «después de leer *The Annotated Drácula* de Leonard Wolf -un volumen que incluye la novela de Stoker y las notas y comentarios de Wolf- quedé convencido de que contenía el germen de una película que jamás se había hecho. Decidí concentrarme en el aspecto más erótico de Drácula y las cualidades más épicas de la novela de Stoker...»²

Como ya vimos, la relación de Coppola con la historia era personal, pero, finalmente lo que le atrajo del guión fue la idea de hacer una película que tratara a fondo el tema de la pasión y que estuviera basada en la novela de Stoker con los personajes tal y como él los había escrito, incluido un vaquero norteamericano llamado Quincey, que no ha aparecido en ninguna de las películas de Drácula hasta ahora realizadas. A pesar de ser tan fiel a la fuente literaria, el guión de Hart lleva una aportación muy particular: «... intenté escribir el guión de una película 'femenina' en el sentido opuesto a lo que se considera una película de 'hombres'. Utilicé el punto de vista de Mina -la reencarnación del amor perdido del Conde- en vez de emplear el de Jonathan Harker o el de Drácula».³

En poco más de dos horas Francis Ford Coppola describe el ascenso y caída del devastador Conde, tan seductor como repugnante. Se inicia en la época de Vlad «El Empalador», alrededor de 1462, hasta situarlo en los tiempos victorianos. «Vlad el Empalador fue un príncipe de la zona de Transilvania -observa Coppola-; cuando los turcos invadieron la Europa cristiana después de haber derrotado a los cristianos en Constantinopla, Vlad el Empalador frenó su avance. Era un hombre tan implacable que empalaba incluso a sus súbditos. Los Turcos entraron en sus tierras, vieron miles de cuerpos empalados que aún se retorcían, y quedaron tan aterrizados que decidieron retirarse».⁴

Numerosas crónicas transilvanas del siglo XV hablan del llamado Vlad, un Voivoda de Valaquia, al que, por su crueldad, sus contemporáneos dieron en llamar Vlad Drakul, Drácula o Draculea (de «drac», diablo en rumano, y «ul», artículo anclítico).

La película de Coppola es una historia de espléndidas secuencias, con vestuarios y decorados espectaculares, de una belleza visual muy elocuente, fotografiada cabalmente por el alemán Michael Ballhaus, apoyada por creativos del diseño capaces de ambientar la época como Anahid Nazarian, maquillistas sofisticados, y estetas del vestuario como Eiko Ishioka.

Gary Oldman caracteriza magistralmente a Drácula, en una peculiar y desmitificadora versión; Winona Ryder interpreta a la amante del Conde de Transilvania. La regia caracterización de su reparto incluye, además, a Richard E. Grand, Cary Olwes, Bill Campbell, Sadie Frost, el cantante de rock Tom Waits -quien interpreta el papel

¹ Revista *Man*, N° 63, enero 1993, p. 18.

² Revista *Man*, N° 64, febrero 1993, p. 25.

³ Revista *Man* N° 64, febrero 1993, p. 26.

⁴ Revista *Man* No. 63, enero 1993, pág. 19.

del loco Renfield-; y Anthony Hopkins, que da una de sus mejores actuaciones en el papel de Van Helsing, el personaje antagónico de Drácula, el único que puede acabar con el vampiro, un ser marginal que fuma opio, bebe absenta⁵, es adicto a la heroína y nadie confía en él.

A pesar de que estamos omitiendo varias y valiosas interpretaciones, no podemos pasar por alto la de Keanu Reeves, desempeñando el papel de Jonathan Harper, quien desencadena todos y cada uno de los acontecimientos de la historia, además de ser el protagonista de la novela de Stoker.

La cinta es impresionante no sólo por su ambientación sensual, erotizada, sino por la exaltación de un Drácula encarnado en un alma torturada, en el que fluyen paralelamente bondad y maldad, amor y muerte. Y que bien define Sting en un verso de su canción *Bourbon Street*, escrita después de leer *Interview with a Vampiro* de Anne Rice: «Ama lo que destruye/ y debes destruir aquello que amas...»

Indudablemente la novela de Stoker es una obra monumental de la literatura de terror; sin embargo, el Drácula de

Coppola, a pesar de ser una adaptación, cobra una nueva dimensión al ser plasmado en el cine, utilizando la tecnología y trucos, eficientemente explotados, de finales del siglo pasado. La adaptación de una obra maestra se convierte en otra al trasladarse a un nuevo lenguaje y trascender el tiempo.

Un género que había sufrido una caída ineludible y llegado casi al desprestigio total, como fue el cine de terror, Coppola le inyectó un virus, que sería una nueva fuente de contagio en la historia de la cinematografía mundial.

Guadalupe Escamilla

⁵ Licor alcohólico aromatizado con ajeno y otras hierbas, cuyo abuso puede conducir a la locura y a la muerte.

Un Viejo Amor...

A Magdalena...

ni se olvida... ni se deja... ¿o no dice así la canción...?

Era lo que pensaba cuando aquella noche después de saborear el baile al compás del Caballo Viejo, la vi caminar por entre todas las gentes que reían y cansadas buscaban un asiento por las mesas colmadas de vasos, botellas de ron y refrescos que rodeaban la gran pista del salón Los Ángeles.

Veinte años después, que no es nada según conocido tango, miraba a lo lejos el mismo rostro de grandes ojos negros, nariz respingada, labios carnosos y barbilla partida que disfrutara en mis épocas de estudiante; adolescente aún que deseaba aprender del amor connigo y con mis ansias. El mismo delicioso cuerpo, la breve cintura y redonda cadera mostraban ahora el cúmulo de experiencia por la vida en el paso del tiempo.

En esa época ella transitaba con sus faldas cortas y guaraches después de las marchas, los mítines y el halconazo del 71, como muchos rolamos exaltados en el Comité de Lucha de la escuela. Con sus dieciocho años me parecía una mujer decidida a intentar su propia existencia, la que se construye día con día como ella al parecer la forjaba influida tal vez por ese ambiente agitado de la universidad, al dejar de estudiar al individuo en la psicología, para acercarse al hombre social en la economía.

Cuando la vi esa noche luego del bullicio del Francisco Guayabal (*mujeres de todo el mundo..., vengan todas a bailar..., que quiero tenerlas cerca..., para poderles cantar...*), sentada en su mesa platicar alegre con varios de sus amigos del trabajo, tomar con lentitud la copa y aguardar como esperando (no a mí por supuesto, pero de todos modos como esperando, tal vez al tiempo mismo...), un rápido pero intenso impulso me llevó a su lado.

Tú eres... esa novia que no fue por fin, le dije o quise hacerlo.

Sí soy, me contestó con una sonrisa; pero, ¿cómo me reconociste?

Y tú, ¿me reconoces?

¿Tú eres..., aquél que era tan sociable? me dijo; el que siempre estuvo acompañado de quien fuera... Sí claro, te recuerdo, cómo no, como me acuerdo tal vez lo que fue de mi vida y lo que no, creo que agregé; tantas cosas pasaron desde entonces en todo este tiempo que quizá no alcancé a ser nunca lo que yo deseaba y lo que quiero todavía es lograrlo. ¿En qué?: sí..., pensé en casarme y no lo hice, o lo hice y ya no lo estoy; ¿por qué?: porque el amor es una cadena, ¿o lo es el matrimonio y no el amor...?, qué sé yo; ¿que a qué me dedico?: a lo mío como siempre, a mis convicciones, y las ejerzo como ejerzo mi derecho a pensar.

Y mientras ella hablaba yo movía los brazos y las piernas, y admiraba el sabroso prodigio de su piel al percibir su perfume, disfrutar con el contagioso ritmo de Rumba Abierta o de quién sabe quién haya sido el que nos llevó a la pista a que me protestara con su peculiar estilo norteño, por causa de estos irremediables chilangos que corrompen el baile y no como en Saltillo o en Oaxaca o en el resto del país que o bailan pegados o bailan sueltos... y no a medias. Y al recordar fugazmente el romántico danzón de la México que bailaba empalmado a la Shalimar en el King Kong, y el merengue dominguero, los ojos azules y gustosos senos claros de la Barbie repegados a mi pecho en el Grand Forum, la veía mover succulentas las formas de un siempre anhelante cuerpo, entallado a la perfección con el azul que ahora vestía y me formaba la imagen de la mujer recia, como una encantadora fruta madura que estaba ahí..., muy cerca.

¿Y tú?, ¿qué te has hecho tú...?, me preguntó.

Cuántas imágenes llegaron entonces: en mi rostro una sonrisa y en la mente toda esa ráfaga de circunstancias que el destino le juega a uno o que uno le juega a la vida, o la vida al destino o viceversa. Pero qué más daba entonces, si era como encontrarse con aquella existencia inmejorable que uno siempre quiso vivir y no tal vez la que logró...; dos décadas después y ya sin verdades a medias.

¿Que si tengo hijos?; sí, dos, ¿y tú?

Ninguna palabra bastaba para decirlo todo, después de darme cuenta que cuando veinte años atrás tuve que hacerlo no lo dije y con acierto...; y luego el tiempo pasó y ahora en que la volvía a encontrar, ya las palabras sobraban.

Tres horas transcurrieron como un brillante relámpago que lo único que deja es un perfume entreverado con la alegría del pasado y la pesadumbre de encontrar a quien quisiste y te es difícil retener ahora, porque su vida está hecha y ya no puedes encajar fácil en su suerte. Y mientras tanto las rolas de Jaime López hacían disfrutar del ambiente de aquel exitoso baile de apoyo a nuestra isla, que por momentos también se volvía un son al tiempo que yo sentía vibrar su gentil cuerpo y la escuchaba atentamente a ella.

Algunos sí abandonaron, que ni qué, tú sabes... ¿Te acuerdas de lo radical que era Paco?; pues el otro día me fue a visitar a mi trabajo con celular y todo. Que le pregunto si también iba con el aparato al baño y que dice *sí*, que porque luego recibía *llamadas de Nueva York...*

Cierto..., pensaba yo eso justamente cuando la Valentina ni saludarme quiso. Le dije con la mano extendida que cómo estaba y ella me contestó que no me conocía. Le insistí, recordando el trabajo que juntos hacíamos tiempo atrás sobre la cultura en el partido: *claro que sí me conoces, ¿cómo*

estás?; y ella que responde imperturbable, mientras se abrazaba fuerte del tipo con el que bailaba: *no sé quién eres, no te conozco*, para luego dar tumbos con su banderita en la mano, que dejó caer en el suelo sin el mayor cuidado mientras apresuraba a tropiezos su vaso de *ron Havana*.

Y tú, ¿no abandonaste el barco?

Cómo crees, me dijo, no se deja uno engañar tan fácil; es más, no todos somos todo aquello contra lo que luchamos a los veinte años, ¿verdad...?

Y escuchaba a mi viejo amor y sus palabras rebotaban junto con las desgarradoras imágenes del muro caído y las frases hirientes de Kissinger en la televisión y el desencanto de amigos como José que despotricaba luego de Honecker, a quien había tenido al parecer el *horror* de conocer en uno de sus viajes a la Democrática; y la desorientación y la desesperación de muchos para quienes el futuro se había borrado de repente en estos últimos años, cuando la participación de algunos vino también a declinar entreverada con las realidades de una cruel historia, mucho más compleja de lo que había supuesto el revolucionarismo botado ahora en el cesto de la basura, desde las elecciones.

Y ella criticaba a los chilangos; y yo insistía entre risas en que era un problema también de los bailadores callejeros de los barrios y no sólo de esa intelectualidad que en los andares estos de que *Va Por Cuba* venía a enseñar su mejor ombligo, aplacar su conciencia al abrazar antiguas andanzas radicales, hablar del todo y de la nada y revivir viejos tiempos de amores pasados como el que tenía ahí justo enfrente, lejos en una vuelta y en otra muy cerca de mis labios, y yo tocarla apenas con las manos al recordar con embeleso las suaves caricias y el amor que le hacía en el cubículo del Vampiro Del Valle de quien yo era adjunto; penetrar su sexo con premura, escuchar apenas sus gemidos, besarla en todo ese caldeo, la falda en alto arriba de un sillón o encima de un escritorio, igual a aquel en el que años después también me encontré a Pati sobre Chava y entonces ellos en mi cubículo enrojecieron y yo tan sólo acerté a decirles que su problema es que no eran nada originales, como no lo fui yo cuando conocí la dulzura de ese mi viejo amor y el rojinegro de su entepierna, mostrado en todo el esplendor de las horas de clase y los planes para comenzar a tomar los anticonceptivos y la frustración de no verla más, tan sólo por no verla más..., hace veinte años.

Trabajo al lado de la COCEI, en Oaxaca. La organización avanza, no te creas, ya anda por todo el Estado...

Y al escucharla, mi corazón latía fuerte no tanto al ver su todavía joven corazón como esperando, cuanto al pensar en mi primera esposa y los reclamos diarios a mi infidelidad,

y de nuevo en la acerba existencia rescatada luego de un segundo embrollado matrimonio y no para esas convicciones de la lucha popular sino como entreverada con la lucha personal por sacar adelante el compromiso con la vida, con mis hijos y conmigo mismo, recordar tan sólo la incipiente labor periodística de mis precarios intentos militantes pero más que nada mis deudas con una sociedad a la cual antes creí saber que me debía pero no pude responder, como hubiera tal vez querido.

Y después el amigo Jaime, recordar entre tragos a su amada hoy convertida en terapeuta rentadora de sueños y obsesiones como la que me atendió todos aquellos meses en que mi barco de plano se hundió con Andrea, quien también tras el divorcio necesitó del diván para rentar sueños y obsesiones y saldar pasados que persisten siempre en la salsa de la vida; como los miércoles en el Riviera o los viernes en La Maraca, pensaba yo; o como entre la espada y la pared en la que tantos nos encontramos y el constante devórame otra vez que comencé a aprender a los catorce, cuando el viejo era joven y andaba de manteca enseñándome a apreciar las delicadamente gratas proporciones que entre los tímbriles de Acerina se movían en aquel *Marro* increíble de tres pistas, donde las noches luego de hacerse para mí largas terminaban junto a la Negra Palomares en medio del café con leche, las caricias de ambos por debajo de la mesa y sus inagotables discusiones sobre los orígenes del danzón... y el cadete constitucional o a las alturas de Simpson, y no debió de morir...; y yo muerto de sueño con la chilindrina en la boca y el último ejemplar de *México de Noche* en la mano, dormido en una silla del Café Victoria.

Y aquí el candente zapateo me evocaba aquel raspado en el Cocol que gocé mojado el pantalón de Lina, y el que el día de mi cumpleaños disfruté con Maribel en el Ratón, y el Maxim's de Carlos Campos y el mambo del *cara e foca* o el cha cha chá de Jorrín; y las perpetuas noches con sabor a sudor del Moulin Rouge, y el acerca tus dos manos a mi cuerpo hermosa Magdalena y dime tú que sí, mi viejo amor, que te deseo a morir..., como deseaba que las tumbas que toqué en Mazatlán con Los Soneros, como las de Blades que hasta *Papa Egoró* en Panamá benditas no terminan, no hubieran nunca terminado en todos estos intensos años en que hube de rolar por ahí, por donde quién sabe quién me dio a entender, tal vez la vida misma; luego de que, pensaba, después de ensoñarlo todo con la Eugenia porque en verdad con ella las caricias mejores fueron las soñadas, anduve con yasabesquién, de quien quedé prendado en aquel viaje a Michoacán; y así veinte años de rolar y llegar a dormir de madrugada, hasta que al final una más con quien ya casi me engancho me botó a unos pasos de la iglesia, decía que por andar de pérfido una tarde en el Califas.

Y el Los Ángeles a reventar porque el que no conoce la Guerrero, pues..., *no conoce México*. Y movido el Cayito y su Combo con el son y ella, mi viejo amor, bailar ahí enfrente como en un sueño obsesionado por la loca pasión de Benny Moré o el día de suerte de Willie Colón que quería que me llegara ahora finalmente, la cadencia que yo en ese momento deseaba más que nada de aquel Kumbala que tocara alguna vez la radio del motel Silencio en el que a su ritmo hacía el amor con la Selenia, o tan siquiera desentonado del ambiente el Feels So Good de Chuck Mangione que ponía en el estéreo de mi carro, cuando en el mirador de la carretera a Cuernavaca trataba de ablandar su corazón de roca...; y ahí en el baile el sonoro zumbido musical de Salario Mínimo y los murmullos del gentío en la rebosante pista retumbar y sin poder casi movernos; y sus ojos entrecerrados al pensar tal vez en todo aquel pasado y los míos también cachondos en todo ese futuro de ensueño que sugería su merendona cadera madura.

Y al final del baile rogar por una rosa más, tan sólo una...; y ella sentenciar:

Sólo que tú me des tu teléfono y yo tal vez te llame algún día.

Y a conseguir rápido el papel y el lápiz, y anotar nervioso el número de casa y llámame, por favor..., ¡por favor!, algún día...

Y aquí yo luego escuchar trasnochado el tango de Gardel. Sentir una vez más la desazón que me acompaña siempre en esta eterna soledad que vivo. Pensar meses después en aquel mi viejo amor y en otros que me envuelven en memorias y recuerdos de veinte años antes, que de verdad no son nada sino sólo el fugaz tiempo de lo que pudo haber sido y no fue, de lo que aún persiste tercamente, de lo que construimos en años y luego se derrumba en días, de los giros tan intensos de la historia y de la vida que interrumpe con su salsa bullanguera en una noche, con cualquier otra mujer ansiada que disfrutemos del baile, como el danzón que en Los Ángeles se toca cada sábado, y cada viernes y cada día de la semana con apoyo solidario para todos chilangos y no chilangos, por la angustia de tener que vivir mañana de nuevo con errores y rencores, y la alegría musical de placeres deseados de tiempos mejores; de estar con un amor..., con otro amor..., con el mismo..., con un nuevo amor.

Jesús Hernández Garibay, 1993*

* Publicado por vez primera en Hernández Garibay, Jesús (1998). *Historias de fin de siglo*. México: Ediciones del CIEN.